

Roberto Otaegui: "Cinco Historias Diplomáticas"

Por HERNAN DEL SOLAR

Impresiones Arisco, de Buenos Aires, publica en elegante volumen esta nueva obra del chileno Otaegui, ventajosamente conocido en nuestro mundo literario. Otros libros suyos lo han situado entre los narradores que se distinguen y de los cuales se puede esperar una constante superación, pues se les ve preocupados de darles a su actividad literaria cada vez mayor agilidad y firmeza. Su primer libro de cuentos —"Del mundo interior"— apareció hace más o menos veinte años. Entre otras obras posteriores, hay dos que sobresalen de manera inequívoca: "Dónde se pone el sol", novela histórica premiada en Madrid, y "La eternidad no es mía", novela que obtiene el premio Municipal Gabriela Mistral en 1966. Estos tres libros bautizan para que se tenga de él una impresión precisa: es un psicológico diestro y sabe reflejar con nitidez no sólo complejidades de la intimidad humana sino los ambientes en que se desenvuelven historias que exigen, por su naturaleza, una minuciosa atención y un cúmulo de conocimientos de muy diverso orden.

Unas breves líneas explicativas nos detienen a la entrada del volumen. Leemos: "Como portada de Cinco Historias Diplomáticas se ha elegido un dibujo sobre que representa la vida de cencibel, que por ser astuta, vengativa y repugnante tiene gran similitud con la función diplomática". Roberto Otaegui es diplomático, agudo observador de la realidad, y como no evitaremos algunas cosas nos preparamos anticipadamente, al leer las judíbaras que acaban de transcribirse, para internarnos por un mundo que mantendrá vivo nuestro interés, acrecentándolo a menudo en dosis; nada desdoblado.

No nos equivocamos. Desde el primero de los cinco cuentos nos rodea, sin interrupción, una atmósfera curiosidad de lectores que desean saber, de página en página, lo que sucederá en las siguientes. Esto no ocurre sino de cuando en cuando con novelas y cuentos actuales, por la razón sencillísima de que los autores, por la general, parecen querer ocultar el hecho de que se hallan contando una historia. A veces consiguen ocultarlo tan bien que se necesita un administrador, nada común para saber por dónde anda o dejó de andar lo que creemos que se nos contaba o se nos iba a contar.

Roberto Otaegui no es presidiogador. Nada esconde para mostrarlo en seguida con sonrisa de triunfador. No quiere tristes. Si lo que se propone es relatar, relata sin mayores preámbulos. Ya reclama el caso que le interesa que contámos. No le teme a la sartán tradicional de ser un narrador directo, un narrador que se complazca en su rollo y lo único que anhela es desenvolverlo con la mayor claridad posible. Esta actitud, libremente elegida, le basta para que sus historias tengan intensidad, sean proyecciones precisas de una realidad habilmente imaginada, con apoyo de observaciones y experiencias verdaderas.

Los cinco relatos que constituyen la obra desenvuelven distintas etapas de la carrera diplomática. Es un cuadro de minuciosa exposición, que fija de modo relevante rasgos permanentes característicos de una actividad en donde la persona se encuentra de continua obligada a desposearse, a esconder régulos propios para apreciar ante los demás como imágenes de un cargo, de un asesor, diligente de propósitos.

El Mercurio, SANTIAGO, 28-III-1971. p.5.

ajenos. Esta representación de un papel, profesionalmente realizada en los más diversos escenarios geográficos, impone una deformación de la personalidad, que al cabo de los años suelta compulsivamente con críenes, medallitas y cordones que celebran-narrativamente la capacidad de transmutación.

Roberto Otaegui sacra en la primera de sus historias la iniciación de la carrera. El personaje es un muchacho que parte a un país distante con el rango de cenciller. Le guisa esa palabra, le parece bendicha de dignidad, espléndido solo pita los sueños más desenfadados. El cenciller sabe que al doblar la esquina están aguardándole los amores más apasionados, las más inesperadas distinciones, una vida feliz, magníficamente reñida, un mundo amplio, y, esta vez, nunca ajeno. La curiosa aventura que receta al cenciller a las puertas de su iniciación está contada por Otaegui con amabilidad, sofista, y un buen humor de viable calidad.

La celtitud asumida en este primer cuento se convierte en el segundo —"Una charca y un manglar"— en una confesión que impresiona fuertemente y deja resuelto. El narrador es el protagonista de la historia. Desde el comienzo se siente que entramos en un caso desacostumbrado. "Hace ya mucho tiempo —nos dice el personaje— que la Cancillería no obvió prácticamente de mi existencia. Creo no equivocarme si supongo que no soy más que un nombre en sus listas y una cifra de quinientos dólares en su presupuesto; pero no me quejo, ni tendría derecho a hacerlo, siendo el principal responsable de dicho estado de cosas". El tono es el de una tranquila aceptación de lo soñado. ¿Acaso ésta es propicia? Harto menos que eso: hace ya diez años se tiene al personaje hundido en un puerito tropical donde la vida parece haber hecho única toda posibilidad de satisfacciones apetecibles. Sin embargo, escribe el personaje: "Acabo de cumplir diez años de permanencia en el puerto de San Jorge y ya voy perdiendo el miedo de que me traicionen a otro lugar del mundo que hagan retornar al Ministerio. Al paso de los años, me he ido sucediendo algo similar a lo que le acontece al hombre con la idea de la muerte: que cuando joven la tiene siempre en su imaginación y la tiene de miedo, acaso porque no adquiere todavía el hábito de vivir, pero más tarde, y a pesar de que el final se encuentra cada vez más próximo, comienza a olvidarla y ve pasar el tiempo sin angustia, como si le hubieran obsequiado la eternidad".

Cónsul de Chile en San Jorge, puerto imperceptible en la costa del Pacífico, a la altura de un país centroamericano, no es un puesto que seduzca grandemente, sin duda, a los que van abriendose camino por la diplomacia. Es lager como de desierto. Pero el personaje temió perderlo, creyendo que la suerte de alguno podía atractivársela. Ahora, cuando establece su condición, está constante. El olvido en que se le mantiene es más, seguridad, despreocupación que premia lo mejor que puede el amor romanal de una noche. La historia no tiene complicación alguna. Es un caso simple: el hábillo que se da por entero a una vida sin cambios. Creemos que es, posiblemente, el mejor de los cuentos del volumen. Los restantes, que proyectan otras experiencias y muestran con matizadas ambiciones, vanidades, burrumbos, oportuna, a veces parecida ironía, ironía y agilidad narrativa. El libro es un nuevo éxito de Otaegui.

Roberto Otaegui: "cinco historias diplomáticas" [artículo]
Hernán del Solar.

AUTORÍA

Solar, Hernán del, 1901-1985

FECHA DE PUBLICACIÓN

1971

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Roberto Otaegui: "cinco historias diplomáticas" [artículo] Hernán del Solar.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)